



PODER COLONIZADOR E IDENTIDAD

Dra. Maria Zalce De Lozano

Una de las necesidades humanas que reclama su satisfacción es la de tener un sentimiento de sentido de identidad. Es vital que se satisfaga, por -- que su carencia es en sí suficiente para que el individuo no alcance la salud -- psíquica. La incapacidad para conseguirla va dejando como remanente una pro funda sensación de inseguridad, desconfianza y duda.

El ser humano la alcanza cuando es capaz de saber, de tomar plena -- conciencia del "yo soy yo", o sea de llegar a vivir consciente de sí mismo. Pe ro el humano no es un ser en un mundo abstracto y para que se pueda llegar a la certeza de sí mismo, es indispensable ser reconocido por el otro, que en -- sí mismo es también un individuo que ha alcanzado la conciencia de ser y exis tir.

Hegel, en La Fenomenología del Espíritu señala: "que el hombre es hu mano solamente es tanto logra imponer su existencia en el otro para ser reconocido por él "Es decir, "yo soy yo" en tanto el otro "yo soy yo" me reconoce y así obtengo mi sentido de realidad y mi valía humana. Para alcanzar esta -- conciencia debo trascender mi ser inmediato y aprender la existencia del otro. Es por esto que la conciencia de sí mismo no es un cerrar las puertas de la -- comunicación, sino todo lo contrario, es la única posibilidad de garantizarlas. Es a través del reconocimiento y la mediación que puedo llegar a la realidad -- humana.

De esta manera, no sólo puedo reconocer y conocer al otro, sino tam -- bién al mundo. Es partiendo de esta perspectiva que se puede llegar a conce -- bir al mundo objetivamente en su dimensión independiente de mí, o sea, en su



verdadera dimensión.

Todo este proceso requiere de un esfuerzo y de una lucha continuas, -- lucha que implica correr el riesgo de abandonar los lazos primarios que limitan y mutilan, aunque parezcan sostener, y enfrentar la aventura de buscar su propio camino, de crearlo y de asumirlo.

Con el fin de evadir este compromiso el ser humano ha encontrado muchas maneras de no asumir su propia identidad y ha optado por hacerse de andamiajes que funcionan durante un tiempo y proporcionan lo que se ha llamado -- identidades falsas, prestadas o sintéticas.

El problema, a la larga, es que esta respuesta, en definitiva, no logra satisfacer la necesidad original de una identidad auténtica. De las profundidades del ser empieza a manifestarse --frecuentemente en su expresión clínica-- la inseguridad y la duda que habrán de surgir por el conocimiento profundo que se tiene de no ser uno mismo. El andamiaje ha dejado de ser eficiente.

Los mecanismos evasivos que son los pilares del andamio son diversos. Fromm los describe ampliamente: la sumisión, la dominación, la destructividad, la conformidad automática. Todos ellos garantizan al individuo la pérdida de su identidad y por ende de su integridad individual y de su proceso de individuación. En el masoquismo sometiéndose, para ser una extensión del otro; en el sadismo - su correspondiente - por medio de la incorporación o captura del otro. En la conformidad automática se transforma miméticamente en su idéntico a todos los demás. Pretende así perderse en el anonimato y evitar la responsabilidad de ser individuo. Habrá que ser tal y como la ideología dominante estipule. Cree lograr obtener una identidad a través del pertenecer a un grupo. Claro, de un grupo mayoritario que es el producto de un engranaje so-



fisticado que produce seres humanos acrílicos y dóciles, fácilmente manipulables y controlables.

En este caso no se trata de la dialéctica hegeliana del yo soy en tanto reconozca al, y sea reconocido por, el otro, sino de la sumisión irracional, -acrítica e irreflexiva, de quien pretende dar solución a su vida a través de un mecanismo de no compromiso. Paradójicamente es la angustia de perder su Yo lo que le va obligando a buscar su identidad en el grupo, y así en definitiva perderla.

La necesidad de tener una identidad no solamente puede ser abordada - desde el plano individual. El hombre es un ser eminentemente social y su medio ambiente es el universo social compartido, el actual, su realidad concreta que pertenece al presente y la realidad histórica que comparte con el resto de los miembros de su cultura.

En nuestro intento por comprender al hombre dentro del método psicoanalítico, debemos conocer su historia personal. No porque "infancia sea destino" sino para llegar a desentrañar los hilos de la trama del pasado que hubieran podido ser significativos en el cuadro del presente. No, ciertamente, como determinantes absolutos e invariables, sino como raíces que se sustentan en un subsuelo cuya composición debe ser conocida.

Así mismo, para conocer una cultura resulta imprescindible conocer - sus raíces, sus orígenes, su pasado.

Esta tarea se dificulta notablemente en un país conquistado y colonizado ya que el conquistador no se limita a la sangría de las riquezas humanas y materiales de la tierra ocupada, sino debe lograr aniquilar toda huella del pasado cultural de la misma, sobre todo aquellos indicios que representen una --



amanaza a la visión que el colonizador impone al colonizado, no sólo del mundo y de las estructuras de poder en el mismo, sino más grave aún, la visión que el colonizado va teniendo de sí mismo. Visión, que transcurridos el --- tiempo y la represión suficientes, será vivida como la verdadera y única, -- convirtiéndose en el elemento central sobre el que se construirá su identidad.

Hemos visto que este fenómeno se verá favorecido por la necesidad - de satisfacer su sentimiento de identidad y que puede intentarse a través de - un mecanismo que lo lleve a pertenecer a un grupo, sin importar mayormente si se es aquello que le dicen que es. Basta con pertenecer. Se aspirará desesperadamente a ella para acallar los dolores de la angustia y de la inseguridad de no saber quién es, qué es, ni de donde viene.

Tomará sin mayores opciones aquella esencia de una apariencia de la que realmente no es responsable. Aceptará la etiqueta del poderoso quien representa - en un mundo que ha sido brutalmente violado y aniquilado- la única posibilidad que parece ofrecer seguridad. Concretamente, su situación existencial fracturada por esta desintegración de su mundo, más la realidad de - las fuerzas opresoras dueñas de todo el poder social y económico, le hará saber que es la única solución viable que pueda elegir. Ante todo tendrá que optar por la supervivencia.

La añoranza de los valores del pasado histórico, en un principio muy vivos, va diluyéndose, tanto más si las huellas más visibles de su existencia han desaparecido.

Esa identidad que el colonizado asume se ve cuestionada por él mismo en cuanto cobra consciencia de que aquello que dice y cree ser implica ser todo aquello que es el colonizador y él NO es el colonizador. Es el colonizado.



Esta contradicción no tiene solución y jamás deja de estar presente, no sólo porque surja una preocupación personal sino que toda la estructura social se encarga, sin ambages, de hacérselo saber de manera permanente y categórica.

El colonizado debe ocupar "su lugar" en la nueva estructura social. - Obviamente su lugar será de subalterno, su papel será secundario, sus posibilidades de desarrollo se verán limitadas y determinadas por las necesidades que el poderoso tenga de él. No por sus propias necesidades. Estas en realidad poco cuentan. Se le va haciendo sentirse inferior frente al otro, -- aquel que sí tiene derechos, aquel cuya identidad es legítima, el que es un verdadero ser humano. Esta sensación de inferioridad es introyectada y el sujeto empieza a vivirse, a saberse, realmente inferior. Se logra así la meta deseada. Se ha conseguido trazar el camino que se inicia en la más humillante desconfianza e inseguridad, pasa por la devaluación autoacustoria para llegar finalmente a la desesperación y la desesperanza.

De manera que, para que el individuo pueda vivir con cierta dignidad frente a su imagen de inferior intenta convertirse activamente en el otro. -- Suele optar por la pérdida de su Yo y tomar -no prestada porque no se la --- prestaría ninguno- sino a manera de un usurpador temeroso, la identidad del poderoso. Esta actitud se manifiesta expresa y abiertamente en la adopción de la conducta y manierismo del colonizador. Habrá de emular al colonizador, aquel que ha traído la civilización y los valores humanos a los salvajes primitivos oriundos del territorio conquistado. Sobra señalar, que esos valores humanos no son Humanos sino meramente los que promulga e impone por medio de la fuerza, el invasor.



A lo largo de este proceso que en su esencia es reactivo, aparece paralelamente una enorme carga de resentimiento.

La trampa va cerrando sus quijadas aún más. Se reacciona frente a la estructura que declara que el colonizado no es un humano pleno, se alimenta el resentimiento en contra del poderoso pero al no tener la posibilidad de expresión abierta frente al objeto que lo desencadena, cambia su dirección y se dirige hacia sí mismo.

La figura de la trampa es en verdad diabólica; no sólo impide que la hostilidad se puede expresar frente al objeto, si no que al orientarse en sentido contrario, alimenta de manera intensa la inseguridad y la impotencia. O sea, se reafirma la duda, pero ahora ya no por presión exterior sino interna. Esta sensación de inferioridad va modelando cada vez más eficientemente la auto-imagen devaluada, disminuida y despreciable que el colonizado tiene de sí mismo. Ya tiene la identidad que conviene a la estructura. Ya está convencido de que no puede ser otra cosa.

Con toda probabilidad, el problema más importante del Siglo XX, a juzgar por las manifestaciones explosivas de que somos testigos diariamente, sea la respuesta de los pueblos colonizados demandando y luchando frontalmente por su liberación. Los pueblos luchan, en definitiva, por desembarazarse de las "identidades", de los mimbres que se les adjudicaron y que han llegado a integrar como suyos, independientemente de su falso origen. Con este fin se avocan a encontrar su verdadera identidad, a dejar de ser sintéticos y artificiales, a penetrar en su pasado histórico y a desenterrar y observar minuciosamente los hallazgos que proporciona. Dilucidar en qué medida corresponde este nuevo análisis a la visión histórica que el colonizador creó y



le enseño durante siglos en sus escuelas. En resumen, poder señalar con pre cisión las contradicciones y falsedades que sin duda habrán de hacerse de las cadenas coloniales del pensamiento -no sólo de las económicas- y abrir su mi rada crítica y científica a la exploración de aquellos aspectos en los que - - se vislumbren elementos que indican la presencia de creatividad, refinamiento, imaginación, talento, fuerza y energía. Elementos, todos, que hayan sido necesariamente minimizados, disminuidos y distorsionados con el fin de dejar como valores única y exclusivamente aquellos que provienen de la potencia colonizadora. Estos elementos son merecedores de especial escrutinio ya que - - justamente lo más valioso de una cultura habrá de ser lo más reprimido en - - ella. Reprimido por medio de la violencia del poder y reprimido psicológicamente, al servicio de un mecanismo de defensa, ya que su afloramiento produciría conflicto y sufrimiento.

En virtud de esto, resulta bastante claro que la lucha por la descolonización no puede darse por terminada al cambiarse las bases de las fuerzas so cio-económicas, sino que la más portentosa de las luchas tendrá que darse - - justamente a nivel de la descolonización del pensamiento. Aquello que hemos dado en llamar la "Cultura" y lo "Universal" no corresponde más que al mode lo europeo o anglosajón de ver el mundo.

Frente a este panorama y conscientes de que múltiples pueblos han optado por este camino, surgen los críticos condenatorios de actitudes "chauvinistas", pero estos críticos suelen olvidar que sus propias identidades se encuentran cómodamente resguardadas tras una cultura alemana, francesa o inglesa que tiene pruebas plenas de su existencia y cuya realidad es incontrovertible e incontestable. Al pasar señalamos que es por esto que el intelectual - colonizado se ha lanzado voraz y codicioso sobre la cultura occidental.

Fanon señala: "Si la cultura es la expresión de la conciencia nacional, - resulta ser la conciencia nacional- en el caso de los pueblos colonizados- la - forma más elaborada de cultura". Pero no debe confundirse la conciencia nacional con el nacionalismo.

La historia para poder enfrentar la tarea del conocimiento de nuestros pueblos y alcanzar su rango de ciencia, tendrá que ser cuestionada, puesto que también estará anquilosada dentro de la bien amurallada tradición colonial. -- Tendrá que salir de su posición positivista que reduce el pasado a secuencias - un tanto informes y anárquicas que en numerosas oportunidades entran en contradicción grave con lo expresado por los restos materiales de una cultura; sus obras y monumentos.

En el caso concreto de México, esta situación cobra dimensiones insospechadas por lo impactante que resulta el cobrar conciencia de que las fuentes usuales para llegar al pasado son básicamente aquellas que han sido escritas o recogidas por el colonizador mismo y que además, el período histórico correspondiente se ve reducido a los últimos siglos -XIV - XVI - de un pasado cuya grandeza tiene su expresión máxima en el lapso comprendido entre los Siglos I y VIII.

¿ Cómo entonces tener los elementos para llegar a un conocimiento que se aproxime más a la realidad? ¿ Cómo salir del encuadre al que obligan las ciencias (historia, antropología, arqueología) que leen el mensaje de una cultura en un idioma que no es aquel en el que ha sido escrito?.

Resulta que a lo largo de años han ido surgiendo con toda su fuerza los monumentos que escaparon la destrucción. Surgen pirámides, estelas, y todo arte en testimonios que, en definitiva, no son piedras muertas sino portadoras



de la escritura de la cultura. En ellas se grabó en un lenguaje de jeroglíficos y símbolos, todo un tesoro iconográfico que da luz sobre una cultura dueña de un pensamiento riguroso y desarrollado, con su modo particular y propio de ver al mundo y verse a sí misma. Esta lectura de las obras mismas y no la de sus intérpretes o traductores obliga al conocimiento de un lenguaje simbólico en el que está escrito, condición elemental para permitir su comprensión congruente dentro de su contexto.

Recordemos que el lenguaje es la cultura y es éste un lenguaje altamente estructurado y complejo, en nada primitivo, aunque éste sea el término que el pensamiento colonizado utiliza para catalogar todo aquello que no comparte sus raíces.

Sabemos que el símbolo entrega su mensaje y cumple su función aún cuando su significado escape a la conciencia y que la conducta y el modo de ser del hombre se revela mejor a través de símbolos y mitos que por las explicaciones e interpretaciones intelectuales.

El signo clave del simbolismo náhuatl es el Quetzalcóatl. Su comprensión va revelando un pensamiento en el que brillan valores humanos de una altura insospechada. Irradia de su figura todo un sistema de pensamiento que tiene como meta la búsqueda del perfeccionamiento interior. No se trata de una figura que de ser dios adopta la forma humana, sino al contrario, se presenta la del hombre que a base de un esfuerzo orienta su energía vital y se convierte en el primer hombre que llega a ser dios. Su ejemplo, señala el cambio que está abierto a todo ser humano. No se trata de que una deidad dispense gracia, sino que el individuo sea capaz de captar lo humano en toda su dimensión y llevarlo a su desarrollo máximo. Esto implica que el hombre ten-

ga que transformar, tiene que concretizar y asumir su poder de acción voluntaria en forma de obras creadas por él mismo.

Llega al punto de ser él quien maneja y se responsabiliza del lapso de vida de sus creaciones, no esperando su destrucción como efecto del paso del tiempo, sino que marca él el momento de su destrucción y renovación, de aquí que en Teotihuacán - Ciudad de los Dioses- se encuentre estrato sobre estrato de obras humanas que han sido destruidas para iniciar una nueva etapa de construcción y creación y así sucesivamente. Claramente se comprende que la meta no es la obra creada en sí, sino el acto mismo de crear. Esta actitud excluye la adoración de las obras y por lo tanto de actitudes idolátricas.

¿Cuán diferente es comprender los hallazgos arqueológicos desde este enfoque?, que del tradicional, que imputa los restos a huellas de luchas por el poder o al sacrificio, en una explicación naturalista.

Vale la pena remarcar que en los siglos en los que floreció la cultura náhuatl no existe, más que con una sola excepción, evidencia de guerras y destrucción en una zona que comprendía alrededor de 2,000,000 de km.² de superficie. La cohesión se lograba por la fuerza de un pensamiento y no la de las armas.

El símbolo de Quetzalcóatl que resume aspectos irreconciliables indica una relación entre ambos de un enorme movimiento, por un lado el reptil que asciende al cielo y abandona la tierra y por el otro el ave que abandona el aire y tiende a la tierra. Esta polaridad dialéctica imprime un dinamismo excepcional al concepto fundamental del pensamiento: el movimiento y éste se convierte en el eje central de esta cultura. Toda ella es movimiento.

Simbólicamente esa polaridad ave-reptil representa la de espíritu -ma-



teria y siendo Quetzalcóatl el hombre, vemos que el impulso del movimiento es pues, el hombre. De aquí que aparezca una visión antropocéntrica de una envergadura tal, que resulta verdaderamente deslumbrante.

El examen atento de cada manifestación de la cultura náhuatl nos lleva a tener que aceptar su existencia y su trascendencia. ¿Por qué, entonces, solamente optamos por hacer nuestro como único pasado precolombino, el momento histórico que pertenece a su período de decadencia y no al de su cenit?

El mexicano es el producto de un mestizaje amerindio y europeo. Pero vive de manera profundamente confusa y contradictoria su identidad. Evidentemente no es europeo - ocasionalmente sólo es un aspirante - y tampoco se vive como indio. Su raíz europea no le pertenece, la ha asumido de manera sintética y no ha logrado integrarse como un verdadero producto mestizo con su identidad claramente definida. Sus valores tienen sus orígenes en los valores de la cultura greco-latina. Habla de ellos como si fueran lo único intrínsecamente suyo y deseable. No lo son. Son injertos que provienen de un proceso violento, de alarde de poder que se llama conquista-colonia.

A pesar de esto, prefiere intentar convertirse en europeo y simular, a costa de su identidad, para llegar a ser como el fuerte y poderoso y llenar los requisitos necesarios para ser aceptado por el mundo y sentirse protegido.

Por el otro lado, la figura india que también dió origen a su estirpe es vivida como inferior, dudosa, débil y vergonzante.

Son numerosos los autores que han escrito sobre los papeles tan tristes desempeñados por nuestros ancestros indios. La Malintzin mujer, madre, traidora y prostituta; Moctezuma II débil, ingenuo, torpe, hechicero e inepto. Nos queda Cuauhtémoc, el joven héroe que se rebela valiente y dignamente, pero -

que en su nombre lleva su destino: "Aguila que cae" y que cae por tierra porque ha sido vencido por el conquistador. Realmente es exiguo lo que pudiera parecer emulable en estas figuras. Lamentablemente las fuentes de estos autores y su "lectura" cultural no ha sido correcta. No es a través de conceptos naturalistas que se puede explicar la simbología y resulta que partiendo de la comprensión simbólica del pasado, "Aguila que cae" se refiere a la luz que se esconde. Esta luz es la que crea al hombre; su fuente es el sol, el astro que se pone para dar origen al hombre, a diferencia del sol natural que sigue su camino cósmico sin mayor chiste.

Esta visión es indudablemente más alentadora que la del pobre pájaro que es derribado por cualquier arma que porta el conquistador. La índole de la perspectiva es no sólo diferente, sino al parecer, antitética dependiendo de que posición se la mire. Tal vez esclarecer más esta visión nos permitiría la reconciliación con esa parte de nuestro pasado que repudiamos e injuriamos, sin que le conozcamos. Podría constituirse, entonces sí, en un núcleo o centro alrededor del cual construiríamos nuestra identidad mestiza.

Sin asumir esta, hemos de permanecer en la trampa colonial y neurótica que nos cierra el acceso tanto al futuro como al pasado y nos deja en un presente, en el que se perpetúa la sensación de impotencia, de inseguridad, de duda profunda, sobre nuestras potencialidades, a que obliga el vacío que deja la no satisfacción de una necesidad humana como la identidad.

Cuando el ser humano es confrontado con sus posibilidades reales, se le despierta una sensación de resentimiento profundo, con manifestaciones abiertas de agresividad y hostilidad que puede llegar a la destructividad. Se siente despojado de todo un sistema protector que le permite evadir la respon



sabilidad de desarrollarse y crecer. Es aquí cuando el estancamiento, la parálisis, se hace más manifiesta, donde las tendencias regresivas se hacen -- más intensas.

Posiblemente pudiera ser ésta la explicación psicodinámica del por -- qué del rechazo tan intenso, del por qué de la negación del pasado y de la ex-- presión tan hostil e injuriente que provoca.

Creo que la búsqueda de estos elementos causales concierne de mane-- ra directa al Psicoanálisis.

Ya Freud insistió en la liga de unión entre la arqueología y el psicoaná-- lisis en cuanto a la meta de ambos, de intentar el descubrimiento de la verdad oculta bajo fragmentos, sean de barro o sean de restos psíquicos. A través -- de esta verdad se encuentra el camino de la libertad; su negación u ocultamien-- to, a su aplastamiento.